

Las cosas importantes

Lucille Ball decía de sí misma: “Yo no soy graciosa. Lo que soy es valiente”. Efectivamente, era una artista valiente que a través del humor caracterizó un momento de la sociedad americana. Lucy Ball tenía cuidado en no confundir humor y banalización. Utilizaba la risa para acercarse a problemas que de otra forma hubieran sido difícilmente abordables en esas circunstancias. Por ejemplo, rompía continuamente los estereotipos de la mujer norteamericana de los años cincuenta, pero no intentó hacer las cosas menos importantes de lo que eran.

Soledad Gallego-Díaz. *El País*, 12 de junio de 2016.

El universo era un caos, entonces llegó el astrónomo...

(El Roto).

Ante nosotros, un año más, los esfuerzos, los pesares, las emociones, los logros y hallazgos de un grupo de estudiantes, que ya son creadores. Porque atrás quedaron las dudas, las horas esforzadas, las relecturas, los comentarios en clase, las aportaciones teóricas y los consejos de los lectores implícitos. Ante nosotros la huella del trabajo, de alguna prisa, de varios insomnios. Ante nosotros, lo que ellos quieren ofrecer al mundo.

Tamara Gutiérrez, Jorge Navarro de Lemus, Nuria Hernando, Ana de Vera, Adrià Raluy y Michael Wilson han tomado la decisión de pulir, con la mirada de un farero, que se sabe solo y acompañado a la vez, las páginas que construyen este libro. Páginas donde se han batido con la tragedia y la comedia, con esos dos géneros dramáticos que nos convocan cada año, con sus preguntas presentes, abiertas, de difícil respuesta.

Cada uno, cada una, se enfrentó durante el pasado curso académico al desafío de elaborar una comedia y una tragedia – en este orden, elegido por el grupo – y de presentar su proyecto a sus compañeros, tras una fase de reflexión teórico práctica, de definición de las coordenadas esenciales de cada género. Lo hacían eligiendo el tema, los personajes, las situaciones, los conflictos: construyendo el mundo que deseaban mostrar y recrear. Las premisas eran, en todo caso, genéricas: es decir, componer una obra que estuviera dentro de los márgenes, amplios, de lo que entendemos por comedia y tragedia. Cada uno, cada una, podía decidir a qué público se dirigía, escribiendo para un posible público familiar e infantil, o para un público formado exclusivamente por adultos. Todos eligieron esta segunda opción en las obras que integran este volumen, aunque no descarto que, en próximas ediciones y experiencias, se enfrenten a ese otro público, tan exigente o más, que el que conforman los adultos. Por último, aunque no en último lugar, eligieron, de las dos obras escritas, acabadas y corregidas, aquella que deseaban publicar. El resultado de este proceso se concreta en un libro, compuesto por cuatro comedias y dos tragedias.

Este es el paisaje general, pero es en el detalle donde están las emociones, los aprendizajes, los presagios. En cada clase, cada escena ha sido releída por los compañeros y las aportaciones de todos ellos – no quiero aquí olvidar a Beatriz Sierra y a Noelia Garzarán – en una tarea que se asemeja a la de Penélope; tejer de día para destejer de noche...

Siempre destaco que en este viaje deben conciliarse dos cuadernos de bitácora diferentes; nosotros emprendemos el desafío de congregar un proceso artístico y otro, de carácter pedagógico, que deben entenderse y respetarse mutuamente. Los procesos artísticos pueden prolongarse en el tiempo, quedar suspendidos, regresar a nuestra necesidad expresiva tras largos periodos de barbecho; el proceso académico es concreto, tiene plazos, fechas de entrega, principio y fin. El proceso artístico es vivencial, subjetivo, íntimo, necesario; el proceso pedagógico es colectivo, público; se ampara en instrumentos objetivos, que desembocan en evaluación y calificación. El proceso artístico está ligado a la emoción, la expresión y la memoria y es, a veces, errático e impreciso; el pedagógico a la adquisición de competencias, y a un marco, legal y administrativo, en el que el alumnado debe saber qué va a hacer y cómo va a hacerlo.

Pero nada es lo que parece.

Sin misterio y sin luz, sin destellos y análisis, ¿qué tendríamos, qué podríamos hacer?

En cierto modo esta conciliación está en la misma naturaleza de lo teatral, de lo dramático: en la tensión, complementaria, entre lo apolíneo y lo dionisiaco. Nosotros estamos en el filo, en el lugar en el que se vislumbran las cosas importantes, pero no alcanzamos a poseerlas. Las anhelamos.

A lo largo de estos meses, entre el otoño y la promesa del verano, Tamara Gutiérrez, Jorge Navarro de Lemus, Nuria Hernando, Ana de Vera, Adrià Raluy y Michael Wilson han ido haciendo página a página, camino al andar. Como el paradójico astrónomo al que refiere El Roto, que se enfrenta al caos del mundo con la ilusión de ordenarlo. Con la tarea que señala Soledad Gallego- Díaz, de no olvidar que los peligros de la comedia están en las lindes de la banalidad, y los de la tragedia, en lo críptico.

En los mundos trágicos que han sugerido Tamara y Nuria hay paisajes del Norte, tierras de eucaliptos y niebla. En sus páginas encontramos el dolor de no ser, porque el entorno, la ley y el poder impiden la felicidad, o la coartan. En sus obras hay familias escindidas, niños que sueñan, palabras no dichas, lindes y minas. En sus palabras hay recuerdos de una naturaleza herida, y a veces amenazante. En sus páginas encontramos el sueño de un mundo que podría ser mejor, pero donde las cicatrices van habitando los cuerpos y las imaginaciones.

En los mundos cómicos de Ana, Jorge, Adrià y Michael hay homenajes; al género del *western*, a los años de la España de la transición, de Naranjito y fútbol a destajo, a las historias gamberras de convivencia juvenil y de viajes al interior de nosotros mismos. Hay amor al cine, al arte, a la Historia, a la historia de la amistad, hay amor al amor. Hay preguntas sobre lo que nos hace ser las personas que somos; nuestras torpezas, nuestro talento procrastinador, nuestras mentiras compulsivas. Hay preguntas sobre lo difícil que es cumplir nuestros propios sueños, enfrentar las cosas que elegimos hacer. Sobre lo difícil que es perdonar y volver a ser, volver a empezar.

En todas las obras que componen esta antología hay emoción, ilusión y experiencia. La experiencia no es la biografía, necesariamente, ni el trasunto de nosotros mismos; es ese tesoro que protegemos del trasluz, en donde preservamos las cosas importantes... Ese tesoro que permite que el teatro sea un viaje del yo al nosotros.

En las obras de Tamara, Nuria, Ana, Jorge Adrià y Michael hay preguntas sobre las cosas importantes; las cosas importantes para cada uno de nosotros.

Les dejo con sus palabras. Ha sido un placer compartir con ellos el camino que desemboca hasta ustedes.

Itziar Pascual

Madrid, junio de 2016